

Manuel Rivero Rodríguez

OLIVARES

Reforma y revolución en España
(1622-1643)



ARZALIA
ediciones

Índice

Introducción. Recuento y memoria	11
PRIMERA PARTE. EL ASCENSO DE LOS HOMBRES VIRTUOSOS	21
1. Octubre de 1618: El poder cambia de manos	23
<i>Si vis pacem, para bellum</i>	23
«Que brame el cordero»	29
Restauración política de España	34
2. «Dueño de todo»	43
Interregno	43
Corregir vicios y restaurar la moralidad	46
Más allá de la moral, la política	51
Grietas y divergencias	57
«Dueño de todo»	62
SEGUNDA PARTE. LA REVOLUCIÓN CULTURAL	73
3. La aplicación de la reforma (con tropiezo mexicano)	75
Los virreyes y el nuevo arte de gobernar	75
Hombre virtuoso y sin tacha	78
Perú pacificado	83
El virrey imprudente	88
La persistencia de la reforma de las costumbres	94

4. «Dios es español y está de parte de la nación estos días»	105
La «jornada de los vasallos»	105
El <i>annus mirabilis</i> de 1625	115
La defensa de ultramar	119
5. La «unión de armas» en el mar de China	131
La junta del Japón	131
Un severo tropiezo	139
Conservación y extensión de la fe	150
La «unión de armas»	157
 TERCERA PARTE. MUNDO CADUCO	 175
6. Desnudo de interés, vestido de valor	176
La erosión de los consejos	176
Continuidad de la reforma	182
El giro de 1635	188
Guerra y virtud	194
7. Abusos de la Iglesia	199
Libertades eclesiásticas	199
Ruptura con Roma	204
La búsqueda de la concordia	216
8. Turbaciones	211
Proclamación católica	211
Ajustar las cosas de Portugal	215
Renuncia y final	220
 Epílogo. <i>Un cambio duradero</i>	 227
Apéndice. <i>Sobre la autenticidad del «gran memorial»</i>	241
Nota del autor	257
Siglas, fuentes primarias	258
Bibliografía	259
Notas	283

Introducción

Recuento y memoria

Empezamos por el final, en el momento en que todo termina, que es también el que sirve para hacer balance y lanzar la vista atrás. Suele hacerse recuento de lo acontecido cuando se tiene la impresión subjetiva de asistir al final de un ciclo histórico, cuando algo que estamos acostumbrados a soportar o padecer cotidianamente, a veces hasta el hartazgo, de repente, deja de ser, ya no está ahí y abandona nuestra vida convirtiéndose en recuerdo. Algo así les sucedió a los súbditos del rey Felipe IV de España a partir de la mañana del 23 de enero de 1643, cuando don Gaspar de Guzmán, conde duque de Olivares, abandonó definitivamente su despacho en palacio para no regresar más. El rey le había concedido por fin la licencia para abandonar el cargo, que llevaba solicitando insistentemente desde algunos años atrás. Su retirada ponía fin a algo más de dos décadas de ininterrumpido ejercicio de la autoridad como primer ministro o valido.

En la Navidad de 1642 a 1643, ya desde principios de diciembre, corrían los rumores y se anunciaba este cambio de gobierno, que no tenía nada de misterioso, aunque algunos gacetilleros quisieron sacar partido de él sugiriendo

intrigas palaciegas. Don Gaspar se jubilaba, eso era evidente, pero muchos habrían preferido que hubiera sido cesado, que hubiera caído víctima de una conjura o perdido la gracia real tras ser sorprendido en falta. No hubo detenciones, destierros ni castigos ejemplares como sucediera tras el cese de los ministros que le precedieron. Ese día, en cuanto se supo la noticia, una muchedumbre curiosa esperaba verlo salir del Alcázar, pero se dispersó al saber que se había marchado por una puerta trasera en un coche discretamente aparejado. Hubo quien aseguró después que huía del furor del populacho, pero lo cierto es que reinó la calma y no hubo disturbio alguno. El valido se fue sin ruido a su retiro de Loeches, no demasiado lejos de Madrid, si bien no tanto como a él le hubiera gustado, teniendo en cuenta que pidió licencia para marchar a Sanlúcar la Mayor, pero al rey, Felipe IV, se le hacía difícil prescindir de él y quería tenerlo cerca para hacerle consultas.

Esa última jornada de despacho resultó penosa. A don Gaspar le costaba un gran esfuerzo desplazarse; la obesidad, el dolor inguinal y la hinchazón de la gota habían embotado sus piernas y precisaba ser llevado en volandas con una silla de mano, con la consiguiente fatiga de sus asistentes, que lo trasladaban por los pasillos y lo subían y bajaban por las escaleras de palacio. También su mente estaba algo turbia, padecía una depresión que ya era crónica, y dominaban su ánimo la ansiedad y la melancolía. Abatido, hinchado, cetrino, con fuertes dolores abdominales y sin poder mover las piernas, firmó sus últimos despachos y entregó las llaves de escritorios y armarios. Tan difícil como fue su entrada fue su salida: ante la imposibilidad de ser conducido hasta la puerta principal, hubo de buscarse un acceso de servicio lo más cercano posible, y de nuevo tuvo que ser transportado en andas hasta alcanzar el carruaje que le esperaba. Sin duda, sus asistentes respiraron tranquilos al verlo partir para un merecido descanso¹.

Nada indicaba que hubiera sido cesado. Su mujer permaneció en la corte como camarera mayor de la reina, su sobrino don Luis de Haro, al que llevaba meses instruyendo para el puesto, le reemplazó en sus funciones como primer ministro y el rey se hizo «valido de sí mismo», algo que Olivares le había pedido con insistencia desde que cumpliera los veinte años. Las cosas siguieron con normalidad y el gobierno quedaba tal y como el conde duque había decidido. En un gesto completamente inusual, el monarca escribió cartas a todas las autoridades informando de la retirada de su ministro y explicando que, a partir de entonces, debían dirigirse a él en persona, pues se disponía a asumir sus funciones, aunque confiaba en que fuera temporalmente: «Él ha partido ya, apretado de sus achaques, y yo quedo con esperanzas de que con la quietud y reposo cobrará salud para volverle a emplear en lo que conviniere a mi servicio».

La opinión pública permaneció insólitamente muda. Corrían los rumores, pero la única información era que el valido había pedido retirarse por motivos de salud, algo, por otra parte, notorio. Todo parecía haber cambiado sin que nada hubiera cambiado realmente.

Como todo seguía igual, en un principio muy pocos se atrevían a manifestar alborozo y a expresar en voz alta la satisfacción de que por fin el déspota se hubiera ido. Pero a las pocas semanas comenzaron a menudear las críticas a su gobierno y su persona, y hubo quienes abiertamente lo tacharon de tirano comparándolo con Nerón. Meses antes tales manifestaciones hubieran comportado prisión. Ahora, ante la falta de respuesta, la sociedad comenzó a considerar que, en efecto, Olivares carecía ya de poder. Esta sensación de cambio dio pie a algunos a ir más lejos. En febrero de 1643, un tal Andrés de Mena se atrevió a llevar a la imprenta un memorial en el que pedía someter a visita (es decir, a auditoría) el ministerio del conde duque; consideraba que, dado